

SANTUC, S. J., Vicente: *¿Qué nos pasa? Ética y política hoy*, Lima: CEDEP, 1997, 170 pp.

Vicente Santuc es un filósofo de aquéllos que toman posición y arriesgan una tesis. La de este libro es que la sensatez práctica reside en la percepción sensible de las situaciones individuales propias y ajenas, y no en la aplicación lógica de modelos teóricos. Es un libro digno de polémica, escrito pensando en los problemas del presente y, sin embargo, ejerciendo la independencia intelectual propia de la filosofía. Lo polémico salta a la vista en que el autor, al parecer, no le reconoce ningún valor normativo a la corriente predominante de la teoría económica. Los conceptos económicos ortodoxos, absolutizados por un cientificismo que pretende reemplazar a la política, e incluso a la moral, amenazan con convertirse en un sistema impersonal que genera sus propias metas y valores, desacreditando a la voz de la conciencia de cada uno. Con referencia a *El horror económico* de Viviane Forrester, Santuc se propone “desenmascarar la lógica totalitaria que lleva el sistema económico actual” (p. 20), y rompe fuegos, en el primero de los tres ensayos que componen el libro, contra el economicismo que se hace pasar por una forma superior y científica de razón práctica. Pero, en este punto de partida, Santuc no recurre a datos sociales ni políticos para criticar “la lógica del sistema”. Su argumentación es más bien epistemológica y ética. El “lenguaje algorítmico de la economía”, debido a su abstracción y deductividad, margina y substituye al verdadero mundo humano, que es el de los sujetos libres. Pero a través del individuo humano, de su cuerpo propio, sus percepciones varias y su carencia de instintos determinantes de su conducta, entra la contingencia al orden social, y también la infinita riqueza del sentido del habla, que no puede ser captada por sistema deductivo alguno.

Si esta reflexión crítica no se queda en la conclusión negativa de que la teoría económica es un solipsismo argumentativo que ignora al sujeto libre, es sólo porque cuenta con un nuevo punto de partida, inspirado en la filosofía de Maurice Merleau-Ponty: la “fe perceptiva” (p. 47). Santuc cree que es posible concebir una política económica distinta, capaz de responder mejor al llamado de cada libertad, si se observa cómo surge originariamente el sentido de los actos y las relaciones humanas. El surgimiento originario del sentido se experimenta básicamente en la espontaneidad de la percepción. Dicho de otro modo, para orientarse en asuntos prácticos habría que mantenerse tan dispuestos a acoger lo “dado” en la interacción, como dispuestos a recibir el sentido propio de lo simplemente percibido está la conciencia no objetivista de que habla Merleau-Ponty. Este salto de lo ético a lo estético no es fácil de dar para

el lector. Es como decir: si quieres ser justo, atente a tu vivencia estética de lo originario. En el primer ensayo el asunto queda, a mi parecer, a media luz, porque Santuc no se decide entre los dos sentidos de “originario” que maneja: uno es el sentido praxeológico de Hannah Arendt y la tradición aristotélica; otro, el sentido estrictamente ontológico de Heidegger, que perdura en la crítica de Merleau-Ponty al objetivismo y termina recurriendo a lo estético. A ello se añade el gesto antilógico de Heidegger, heredado por Santuc, quien usa, como aquél, la palabra “lógica” sólo en el sentido negativo de un automatismo insensato del entendimiento. Sin embargo, se propone al final del primer ensayo identificar lo originario en el lenguaje, con lo cual recupera la pretensión filosófica de expresar lo vivido como cierto en términos universalmente comprensibles.

Pero estas dudas se despejan poco a poco a lo largo de los dos ensayos siguientes. El autor construye en ellos el puente sobre la brecha entre lo ético y lo estético que nos hizo saltar temerariamente en el primero. La formación de dirigentes democráticos pasa, según Santuc, por aprender a extrañarse del determinismo que prima en las finanzas mundiales y el poder, así como de la difundida “insensibilidad ante el mal radical” y, no por último, por saber asombrarse también de la entereza con que aún a veces se alza la conciencia moral en medio de esto. La misma intención de percibir espontáneamente que se expresó más arriba en términos estéticos, lleva ahora a reconocer el arraigo del buen sentido práctico en ciertas estructuras sociales razonables: el lenguaje, la organización del trabajo y la institucionalidad democrática. Santuc sostiene que en estos aspectos de la cultura está realizado el tránsito entre sensibilidad y razón que reclamó más arriba, y no se arredra de hablar, con Hegel, de la vigencia de “la razón en la historia” (p. 91). Aguda e interesante es la presentación, al final de este ensayo, de los principios de una educación que efectúa en el individuo lo mismo que él, como sujeto político, ha de efectuar en sus conciudadanos.

Pero la mediación más concreta entre los extremos del primer ensayo está reservada para el último. Aquí se estudia la noción del trabajo en su historia, distinguiendo que su aspecto liberador —limitado en la Antigüedad a los héroes, mistificado en la Edad Media como mortificación e ideologizado en los tiempos modernos— consiste en su nexo profundo con un ocio inteligente del que nunca debe separarse. Santuc remite a la tragedia griega como punto de unión privilegiado entre ambos dominios. Si bien el terror y la compasión son fenómenos disolventes de toda institucionalidad, su *mimesis*, o su tránsito espontáneo a través del variado elemento de la percepción y el lenguaje, entraña la esperanza de reconciliar el trabajo con la vida libre del ciudadano. De esta forma queda esbozado el vínculo entre ética y estética que el libro busca desde su primera página. La respuesta aparece en términos muy distintos a los de la pregunta inicial, sin revisarlos, pero esta ventana a nuevas

investigaciones es en verdad lo que el libro hace esperar, es el final adecuado de un libro esperanzador.

Ciro Alegría Varona
Pontificia Universidad Católica del Perú